

EL AGRAVIO FILIPINO Y LA REMOCION DE CUBILLOS

El desaire causado por el Gobierno de Filipinas a nuestro país, al cancelar intempestivamente la visita del Presidente Pinochet a esa Nación, cuando éste ya se encontraba en vuelo hacia allá, está y seguirá sujeto a múltiples interpretaciones. Quizás nunca logremos saber al respecto la verdad completa.

Las hipótesis de que el Presidente Marcos pueda haber sido sometido a una presión norteamericana de última hora, tendiente a demostrar que Estados Unidos todavía tiene armas que esgrimir en sus relaciones —entre frías y hostiles— hacia nuestro país, parecen tan posibles como la de un soborno que la Unión Soviética le haya ofrecido a través de Libia, tentándolo con un eventual arreglo de la subversión mora que el Gobierno filipino enfrenta desde hace años con mano de hierro. Lo absurdo de las explicaciones oficiales ofrecidas a posteriori por Filipinas refuerzan la legítima creencia de que el verdadero motivo se encuentra en alguna acción semejante de una de las dos superpotencias. ▶

Todo parece igualmente posible. Pero ninguna explicación resulta aceptable para las reglas que rigen la convivencia civilizada entre las naciones. Y porque hubo un agravio al Presidente de Chile en su calidad de tal, la ciudadanía reaccionó al unísono, asumiendo esa ofensa como dirigida a nuestra Patria, y deponiendo banderías, cerró filas junto al Jefe del Estado y al Gobierno que preside.

La gigantesca manifestación popular de bienvenida con que se recibió al Presidente Pinochet, junto con ser una demostración de la cohesión que brota cuando el chileno se ve abocado a la agresión foránea o a la adversidad, se convirtió de hecho en uno de los actos más multitudinarios de respaldo al actual régimen en sus seis años y medio de existencia.

Por eso, la opinión pública quedó estupefacta cuando al día siguiente fue informada de que S.E. había solicitado la renuncia al Canciller Hernán Cubillos. Sin que nadie haya desconocido la privativa atribución presidencial para remover a sus Ministros, la reacción registrada en torno al hecho ha sido elocuente y obliga a una reflexión serena y a fondo a todos quienes hoy en Chile tienen responsabilidades públicas.

Podrá discutirse si el viaje presidencial a Filipinas era o no conveniente, pero cabe presumir que una decisión en que participaron tantas autoridades se fundaba en antecedentes de peso y exhaustivamente evaluados, máxime cuando la diplomacia exige guardar muchas veces reserva sobre elementos de juicio que explican las determinaciones que se adoptan. Nada permite presumir, además, que un Canciller que tanto acierto demostró en toda su gestión no obrase con el mismo tino al programar dicha visita. También podrá discutirse si hubo falla en algún nivel de nuestro servicio ex-

terior, que le impidió prever anticipadamente la actitud final del Presidente Marcos. Pero lo cierto es que nada se ha brindado como prueba de ello ante el país, y sí conduce en cambio a presumir lo contrario el que para avalar la sospecha en tal sentido se haya recurrido a la falsedad de propalar públicamente la existencia de supuestos informes de inteligencia militar que desaconsejaban el viaje y que la Cancillería habría ocultado o desoído. ¿Va a creer alguien que los servicios de inteligencia militar necesitan de intermediarios para llegar con todas sus apreciaciones hasta el Presidente Pinochet?

Pero aunque hubiese podido existir alguna deficiencia dentro de la Cancillería en los preparativos del viaje —hipótesis que insistimos en cuestionar—, todo indica que el interés nacional y la dignidad herida de Chile aconsejaban más bien sustanciar silenciosamente el problema y aplicar los correctivos presuntamente necesarios en forma discreta y madurada.

El efecto de la decisión presidencial —sin duda ajeno a su intención— trasladó al interior del Gobierno chileno una responsabilidad que todos, dentro y fuera de nuestro país, adjudicaban integralmente y con razón a la debilidad del Gobierno filipino. Empañó el éxito de la manifestación popular, transformando en una ácida querrela dentro del Gobierno lo que la reacción ciudadana había convertido a la postre en un triunfo interno de éste. Significó perder a un magnífico Canciller, con el deterioro consiguiente para nuestras relaciones exteriores.

La explicación de que el criterio militar hace responsable al jefe de la unidad de cualquier desenlace negativo que en la vida de ésta se produzca no es aplicable a una función civil como la de gobernar, y que es juzgada por una opinión pública igualmente civil. De

ahí que, acertadamente, por lo demás, tal criterio militar no se haya aplicado en muchos otros casos análogos dentro de este propio Gobierno. Invocar esa explicación para este episodio parece a todas luces inapropiado y por consiguiente insatisfactorio. Más aún, hace difícil que personas de verdadera relevancia dentro de la civilidad acepten en el futuro ejercer cargos gubernativos.

Por otro lado, no puede perderse de vista que tanto el desempeño como la imagen pública del señor Cubillos en casi dos años al frente de nuestra Cancillería habían adquirido un relieve que no era razonable perder en forma tan gratuita e innecesaria.

No es del caso reseñar aquí su obra, cuya trascendencia está en la conciencia ciudadana. Su decisivo aporte para obtener la mediación papal y evitar así una inminente guerra con Argentina y para lograr que Estados Unidos aceptara encauzar el caso Letelier por la vía judicial bastarían por sí solos para merecer el más amplio reconocimiento de la Nación en general y de los gobiernistas en particular. Pero a ello se agregan otros innumerables logros, tales como el restablecimiento de relaciones con Inglaterra a nivel de embajadores, el acercamiento a China que significó su visita a ese país, y el viaje oficial que realizó a los principales países de Europa Occidental, primera gira política que rompió el gélido aislamiento en que nos encontrábamos con ese continente. Esos son sólo algunos de sus múltiples éxitos en una gestión que la unanimidad de los más calificados exponentes de nuestra diplomacia no han vacilado en estimar como brillante.

No es excesivo afirmar, por ello, que sin desmerecer a sus antecesores, don Hernán Cubillos vitalizó a nuestras relaciones exteriores con un di-

namismo que marcó una nueva etapa al respecto para el actual Gobierno. Será sin duda arduo remontar el daño que Chile ha sufrido con su inexplicable remoción, porque sus cualidades humanas habían calado hondo en el Cuerpo Diplomático acreditado en Chile y en las Cancillerías de los diversos países, como quedara demostrado antes de 24 horas después de su salida, al escoger el Embajador del Japón una visita que realizó de inmediato a la residencia del señor Cubillos, a fin de precisar que la invitación a éste y su esposa para viajar a la Nación nipona durante la semana siguiente era personal e intransferible. Este gesto resultó sorpresivo pero categórico para confirmar la importancia de los lazos personales en los vínculos diplomáticos. La tarea que el nuevo Ministro, don René Rojas Galdamez, tiene por delante es por tanto un duro desafío, que cabe esperar que logre superar, gracias a su oficio y profesionalismo, fruto de su larga experiencia dentro de nuestro servicio exterior.

Si proyectamos el problema a nuestro interior, se advierte que la destitución del Canciller Cubillos apareció como la exitosa culminación de una campaña en su contra, emprendida por plumarios carentes de toda significación política y moral, pero cuyas vinculaciones con el Gobierno son suficientes como para haber logrado que el día de la manifestación de desagravio al Presidente Pinochet se lanzaran desde camionetas fiscales panfletos que reclamaban la salida del señor Cubillos.

Los artículos de prensa aparecidos en un matutino al día siguiente del arribo de S.E. dejaron las huellas digitales de una maniobra llena de bajeza moral, que sólo empequeñece a sus autores e instigadores.

El hecho anotado es aún más grave, si

EDICIÓN

se considera que esa campaña provino de los grupúsculos fascistas o dictatorialistas a que nos referimos en otro editorial de esta misma edición, que en lo interno abogan por institucionalizar un régimen de fuerza o de cuño totalitario, y que en lo externo postulan una política que implica confundir la altivez con la necesidad y arrastrar a Chile a un aislamiento que pondría en serio riesgo nuestra seguridad nacional.

Ello ha llevado a que ciertos medios de opinión hayan juzgado el hecho como un cambio en la línea política del Gobierno, que incluso terminaría por afectar el modelo económico, no sólo por la incompatibilidad conceptual entre éste y una nueva orientación política como la insinuada, sino por la conocida oposición al plan econó-

mico de parte de los mentores del dictatorialismo o del fascismo chileno. Las seguridades dadas tanto por S.E. como por el nuevo Canciller —el día del juramento de éste—, en cuanto a que la política exterior pragmática y de apertura internacional no variará, es ciertamente tranquilizadora, aun cuando la viabilidad de ello estará en el hecho condicionada sustancialmente a la línea política interna que se adopte. En tal sentido, la reafirmación presidencial de la vigencia del Plan de Chacarillas, formulada en esa misma ocasión, alienta la perspectiva de que se continúe por la senda trazada hasta ahora por la nueva institucionalidad política, económica y social, único camino que nuestra revista juzga posible y conveniente para el bien de Chile.

R